

Raquel Olguín

BENITO

Ilustraciones de Vanessa Zorn



Muestra distribuida por la editorial

Y un día de viento que enredó sus pelos y despejó sus ideas, Benito empezó a dibujar.

Y como quería aprender y bien, comenzó a tomar clases. Lazzari se llamó su profesor, el único que tuvo en su vida. Él y Benito tomaban un bote cada domingo y se iban a la isla Maciel a pintar y a dibujar porque Lazzari decía que, en ese paisaje indomable, Benito aprendería mejor.

Los bigotes del profesor, que siempre estaban manchados con un poquito de pintura, bailaban cuando él le hablaba del valor enorme de la libertad:

—Que el arte te sirva para expresar quién sos.

Enseñanza que Benito tomó al pie de la letra: pasado un tiempo no volvió más a sus clases.

Benito sabía lo que quería expresar, él quería pintar a su barrio, La Boca querida.

Con diecisiete años y las manos percutidas de carbón y pintura, él dijo que sería un artista libre.



Cuando volvió tomó una decisión y les dijo a sus padres:

—No volveré a trabajar al puerto. Solo quiero pintar.

El padre casi muere del susto. ¿Qué oficio era ese?
¿Pintor?

—¡Vago, querrás decir, no lo permitiré en mi casa!

La madre, en cambio, le acarició la cara y sonrió.

Entonces, Benito subió la escalera, tomó sus bártulos de pintor, le dio un beso a su mamá, miró con ojos silenciosos a su papá y se fue.

Una hojita de otoño se posó en su hombro y lo acompañó hasta que encontró un lugar donde vivir.

Su corazón latía como un tambor.

Y tomó mejor el atril que se le estaba cayendo un poquito.

